

# “Fake news, política y ciudadanía”

Por Mauro Brissio

## FUNDAMENTOS

La pandemia demostró la necesidad de que la ciudadanía pueda acceder a información veraz. En este sentido volver a la cuestión del derecho a la información tiene que ver con la particularidad de comprender que la libertad de expresión conlleva en sí misma el derecho a expresarse pero también el derecho a ser informado. Así lo establece la doctrina y jurisprudencia tanto europea como latinoamericana.

Ya hace un año que la sociedad no solo se encuentra luchando contra el COVID-19, sino también, contra la difusión de noticias falsas más grande que se tenga recuerdo como consecuencia de la infodemia, la epidemia informativa de la pandemia. De hecho, la Organización Mundial de la Salud (OMS) advirtió que además de la amenaza que representa la pandemia del coronavirus, también se encuentra otra que se expande con la misma velocidad exponencial que el virus pero que no es percibida como tal: la infodemia.

La infodemia, va desde la sobreabundancia de información con la que convive a diario el ciudadano que es bombardeado por miles de noticias —dificultando encontrar fuentes y medios fiables— hasta la difusión de noticias falsas que son promovidas por intereses económicos y/o políticos que buscan ejercer poder de daño a una persona o actor de la sociedad. Todo esto ha generado una transición y un cambio de paradigma, pasando de la intoxicación informativa individual (infoxicación) a la epidemia informativa colectiva (infodemia), es decir, que ya no solo un individuo se encuentra incapacitado para discernir entre la cantidad y calidad de la información como consecuencia de la avalancha mediática a la que se encuentra sometido, sino que también, ahora toda la comunidad en la que se encuentra inmerso éste, es víctima de la enfermedad digital.

Por ello, se plantea la necesidad de crear una Ley Anti Fake News, con la conformación de un consejo del que participarán las fuerzas del congreso, organizaciones de la sociedad civil, medios de comunicación y universidades que permitan la revisión de la información difundida, protegiendo las dos dimensiones planteadas en el artículo 13 del Pacto de San José de Costa Rica, que garantiza el derecho de expresión de todas las personas y que exige la veracidad de la información recibida.

Una de las contribuciones más destacadas de la Corte Interamericana de Derechos Humanos en materia de interpretación del derecho a la libertad de expresión establecido en la Convención Interamericana de Derechos Humanos fue la Opinión Consultiva 5 de 1985 sobre la colegiación obligatoria de periodistas. Allí se manifestó aclarando que lo señalado en el artículo 13 establece que “ literalmente que quienes están bajo la protección de la Convención tienen no sólo el derecho y la libertad de expresar su propio pensamiento, sino también el derecho y la libertad de buscar, recibir y difundir informaciones e ideas de toda índole. Por tanto, cuando se restringe ilegalmente la libertad de expresión de un individuo, no sólo es el derecho de ese individuo el que está siendo violado, sino también el derecho de todos a "recibir" informaciones e ideas, de donde resulta que el derecho protegido por el artículo 13 tiene un alcance y un carácter especiales”, poniéndose así de manifiesto la dimensión individual y colectiva del derecho a la información.

En su dimensión individual, la libertad de expresión no se termina en el reconocimiento teórico del derecho a hablar o escribir, sino que plantea el uso de cualquier medio para difundir el pensamiento.

Por otro lado, en su dimensión social la libertad de expresión es un derecho que garantiza el intercambio de ideas, informaciones, expresiones y pensamientos entre las personas. Implica el derecho de conocer todas las realidades y representaciones del mundo así como el derecho de comunicar opiniones. Tanto la dimensión individual como la social deben ser garantizadas al mismo tiempo. No sería correcto eliminar las informaciones falsas con el criterio de exigir la veracidad y conformando un régimen de censura, como tampoco sería correcto —según lo establecido por la Corte Interamericana de Derechos Humanos en la

opinión consultiva OC-5/85 sobre la colegiación obligatoria de periodistas— que se formen monopolios que construyan noticias que solo dañan lo establecido en el dicho artículo 13.

A partir de los lineamientos antes esbozados, nos preguntamos: ¿la función de los Estados consiste sólo en garantizar el derecho establecido en el artículo 13 evitando que se generen mecanismos de censura o, por lo contrario, tiene que proteger la información para que ésta no atente contra la democracia?

Por ello, la función del Estado entonces no es la de restringir el derecho a la expresión, sino la de proteger a la ciudadanía, para que tenga la posibilidad de que se contraste de forma objetiva las noticias que han sido recibidas.

Cuando la UNESCO se manifiesta preocupada por los problemas de la sustentabilidad de los medios, se refiere al rol que deben tener los actuales Estados garantizando las instancias de pluralismo y diversidad a la que se hacemos, impactando de lleno con el acceso a los contenidos informativos, pero también, haciendo frente a epidemia informativa a la que se refiere con tanto temor la Organización Mundial de la Salud.

Es así que es menester sancionar una ley Anti Fake News con sectores del ejecutivo y de la sociedad para que se garantice el cumplimiento de las dos dimensiones de nuestro derecho a la libertad de pensamiento y expresión, para que den su testimonio y su compromiso en la construcción de un futuro en común que proteja los pilares de la democracia.

Con el objetivo de preservar el valor de la verdad en las noticias difundidas por los medios de difusión, de reconocer la dimensión social del derecho a la libertad de pensamiento y expresión del artículo 13 del Pacto de San José de Costa Rica, de garantizar el Derecho a la información adecuada y veraz.

La radicalización de la violencia en la derecha no es algo nuevo, sin embargo, esta exacerbación de sus discursos extremos tiene la particularidad de representar enojos sociales exacerbados por la extrema polarización política en

sociedades hiperfragmentadas que se retroalimentan a través de las redes sociales.<sup>1</sup>

En estos últimos meses se evidenciaron una serie de frustraciones sociales, incertidumbres y ansiedades comenzaron a estructurarse en torno a la violencia y el odio. Si bien estos elementos siempre estuvieron latentes en la sociedad argentina, la pandemia intensificó esa desazón para convertirla en un cúmulo de antipatía dispuesta a tomar la calle. Ahora bien, ¿está dispuesto este odio a convertirse en un proyecto político a largo plazo con valores, principios y propuestas o tan solo los une un odio visceral frente a los procesos de gobierno de orden popular?

La política representa y nombra procesos y transformaciones, la política existe allí donde una parte de la sociedad se siente excluida, allí donde hay un vacío de representación, allí donde hay una parte que pretende ser parte como bien dice el filósofo francés Jacques Ranciere (Ranciere, 2010). Asimismo la violencia circula, siempre está presente, está latente y dispuesta a ser tomada por parte de la sociedad y politizada por algunos oportunistas. En todo el mundo líderes de derecha la politizan, la organizan y la representan, le brindan un relato y una retórica; otorgándole un sentido común relativizando los discursos verdad y manipulando las frustraciones individuales. Este combo tiene diversas consecuencias a lo largo y ancho del planeta.

Hay sobrados ejemplos en la historia sobre la violencia y su organización pero en esta oportunidad hay además múltiples evidencias para decir que estamos en presencia de una derecha “neo-radicalizada” diferente a las experiencias del siglo XX y de principio del Siglo XXI, ya que es una derecha que no produce comunidad, ni tiene una idea de proyección y de futuro; tampoco es una derecha que reconoce algunos derechos y garantías en virtud de la meritocracia y la libertad, sino es una derecha que se está reinventando, que está renaciendo con características que la hacen particular bajo estas circunstancias.

En 1998 en medio del imperio del cable como consumo cultural televisivo, apareció una miniserie protagonizada por Sam Neil personificando al mítico

---

<sup>1</sup> Parte de este capítulo son fragmentos de dos artículos escritos con Camila García en Página/12 (Redes Sociales: el agrupamiento del odio) <https://www.pagina12.com.ar/297020-redes-sociales-el-agrupamiento-del-odio> y en Panamá Revista (Del neoliberalismo cool a la derecha neoradicalizada) <https://panamarevista.com/del-neoliberalismo-cool-a-la-derecha-neoradicalizada/>.

mago Merlín. Durante el transcurso del largometraje Merlín lucha contra la bruja Mab, un personaje despiadado que pretende resistir al cambio de los tiempos en donde el paganismo está muriendo por el ascenso del catolicismo. Mab es la prefiguración de lo viejo que se resiste a morir y Merlín es el último mago creado por el paganismo que sucumbe a los nuevos tiempos y jura que el único uso que hará de su magia es para destruir a su enemiga, el último simbolismo de un mundo que está agonizando.

La historia fantástica y poco fiel a la leyenda termina cuando Merlín logra vencerla al diezmar toda su magia dándole la espalda e ignorando su presencia, como si fuese Dorothy echándole agua a la bruja del Mago De Oz, Mab termina muriendo, desapareciendo por la indiferencia.

Lo mítico siempre sirve para explicar realidades, si bien el mundo es más complejo que una pelea entre buenos y malos hoy estamos en un momento histórico donde la reina Mab está muriendo nuevamente pero no frente a la indiferencia de Merlín y su comunidad sino porque está renaciendo bajo otras condiciones aggiornadas a estos tiempos.

Al calor de los noventa en la República Argentina nacieron nuevas formas de ejercicio del poder y de la política. El neoliberalismo arrasó con las ideologías estadocéntricas a través de un proceso de deslegitimación de los partidos políticos, las intermediaciones sociales y las formas de producir comunidad a través de lazos de solidaridad colectiva. Es así como el país llegó al nuevo siglo diezmando de política, con una crisis económica sin precedentes y teniendo que reconstruir sus instituciones y sus lazos sociales, allí la bruja Mab volvió a renacer fundando las bases de un neoliberalismo “cool” una ideología comprometida con los valores del individualismo y la meritocracia que en paralelo profesaba la religión de la financierización de la economía. Esta idea se consagrará en una parte de la sociedad sin lazos de pertenencia ni vínculos de solidaridad colectiva con su comunidad. El neoliberalismo “cool” que llegó al *summum* de sus objetivos en el 2015, sucumbió frente a la impericia de un gobierno que nunca comprendió los valores de la sociedad argentina ni las reglas de funcionamiento de su propio proyecto político, dejando a una Reina Mab moribunda y dispuesta a reencarnar en cualquier voluntarismo que le ofrezca organización de sus dogmas.

Hoy esa violencia que nunca dejó de circular se fue diseminando en la sociedad en medio de una situación tan acuciante como es una pandemia y sus consecuencias; por eso estos meses se evidenciaron escenas dantescas de parte de un sector de la sociedad afín a las teorías conspirativas y al uso de la violencia lingüística que muchas veces se traspoló al campo de lo físico. Estas escenas que se repiten a lo largo y ancho del planeta y que en Argentina remite a los años más oscuros de nuestra historia, fueron recogidas por parte de una oposición que pretende representar a estos grupos extremos.

Así es como llegamos al presente con una “derecha neoradicalizada” que tiene una retórica de posverdad, que interpela, aglutina, moviliza y toma la calle, tiene vidriera mediática, tiene antagonistas, tiene visibilización y se retroalimenta a través del discurso hiperfragmentado de las redes sociales que reproduce intereses en común. Esta derecha es esta reina Mab que pide a gritos representación pero que en Argentina nunca tuvo asidero por su tradición política de movilización y organización que el neoliberalismo “cool” nunca pudo desarticular y quizás esa sea deba ser nuestra estrategia de indiferenciación a través de la organización de la comunidad para neutralizar esa violencia que no se condice con los principios de convivencia democrática.

Las redes sociales han evolucionado tanto en los últimos años, que ya nadie duda de la influencia que tienen en la actividad económica, cultural, social, y especialmente política, de todo el mundo. Vemos a diario, cómo los usuarios se manifiestan en Facebook, Twitter e Instagram –por nombrar las más populares–, en cualquier momento del día y desde diferentes dispositivos tecnológicos. Su poder radica en que, a diferencia de otros medios de comunicación, en éstas todos pueden expresar libremente lo que quieren, incluso violando las restricciones establecidas en el derecho a la libertad de pensamiento y expresión.

Ellas constituyen una forma de comunicación distinta a la que permitían los medios masivos tradicionales, en los que existía un solo emisor y millones de receptores. Hasta finalizado el siglo XX, éramos receptores del mensaje sin posibilidad de que nuestros reclamos y opiniones pudieran ser escuchadas. Hoy el mundo ha cambiado, las posibilidades que ofrecen las redes facilitan la conexión e interacción constante de personas que viven cerca o a miles de

kilómetros de distancia, permite la constante circulación de información personal que estandariza sus preferencias, sus demandas, sus reclamos, poniendo en lenguaje de algoritmos esas expresiones, empaquetándolas como si fuesen una mercancía que identifica intereses y demandas que llegan a los políticos y los formadores de opinión. En este proceso, el individuo se enajena de su condición y se convierte en un cúmulo simbólico de opiniones estandarizadas que son mediatizadas y recopiladas por quienes quieren influir de alguna manera u otra en la opinión pública.

Esta mediatización produce una individuación en la que se refuerza la divergencia de las identidades difuminando el sentido de lo colectivo propio de las sociedades de masa de mediados del siglo XX. Es así como se fortalecen los individuos en sus gustos, particularidades y consumos culturales en detrimento de las identidades colectivas, es así como en esta etapa emergen una variedad de ofertas de consumo que serán los cimientos de las sociedades hiperfragmentadas del futuro. Este proceso llegó a su cúspide en la década del '90 cuando la comunicación de masas produjo el surgimiento de una variedad de públicos que interpretaban los mensajes a través de sus propios códigos culturales. Es durante esta etapa que se comprueba que los interlocutores lejos estaban de ser "receptáculos pasivos de manipulación ideológica" (Castells; 1999) ya que contrariamente a las interpretaciones apocalípticas de los teóricos de la Escuela de Frankfurt, la sociedad se había complejizado y se había diversificado en sus interpretaciones. Como bien dice Umberto Eco, durante esta etapa el mensaje de "la televisión tenía una forma significativa que podía llenarse de diferentes significados" (Eco, 1977), haciendo referencia a que la comunicación de masas es un sistema tecnológico que no recrea una cultura de masas uniforme en creencias, gustos y pareceres tal y como planteaban Adorno y Horkheimer quienes avizoraban una homogeneización y estandarización de los públicos como consecuencia de una cultura de masas (Eco, 1964) sino que tan solo crea el marco general para todos los procesos que se tienden a comunicar (Castells; 1999), es por eso que esta etapa se corresponde con el apogeo de la multiplicidad de emisoras y medios y junto con ello, un público consumidor que recibe esta información de forma unidireccional y la interpreta según sus propios valores culturales del momento. A más medios, más receptores y más interpretaciones.

Es así como con la base de esa fragmentación llegamos a la etapa de la explosión de internet y las las redes sociales que intensificaron este proceso producen y reproduciendo guetos (Pariser, 2017) con capacidad de interacción, que se retroalimentan entre sí creando climas de opinión y grupos de intereses que muy poco se condicen con la realidad.

En estos microclimas lo falso es creíble y lo creíble es una herramienta para contradecir a otros guetos, es así como el odio crece y se retroalimenta amontonándose para compartir su representación del mundo. Es el síndrome del mundo cruel de George Gerbner quien a partir de análisis sobre los consumos culturales de la violencia en la televisión, llega a la conclusión que las personas que más tiempo le dediquen a la televisión, suelen ser las más propensas de creer que la ciudad en la que viven es igual o más violenta de lo que realmente es. Ese mundo cruel y violento que antes se representaba en la pantalla chica, hoy se traspola al interior de las redes sociales que genera estos microclimas de opinión en los que se comparten emociones negativas. Como bien dice Manuel Castells: “Aunque los medios de comunicación están interconectados a escala global, los programas y mensajes circulan en la red global, no estamos viviendo en una aldea global sino en chalecitos individuales, producidos a escala global y distribuidos localmente” (Castells, 1999)

El odio se desplaza, circula y es capitalizado por una minoría política que en connivencia con los grupos de poder influyen a través de las fake news y el manejo de las redes en estos guetos de opinión. De esta forma se genera un malestar social que luego traspasa al ámbito de lo público debilitando los ámbitos de discusión política, agrietándolos, construyendo antinomias y debilitando el debate de ideas.

Las redes actúan como grandes imanes que atraen a los individuos para que encajen como una pieza de tetris en estos espacios virtuales de opinión. El gurú de la tecnología, Eli Pariser denominó a este proceso «filtro burbuja» y lo entiende como “una selección personalizada de la información que recibe cada individuo que lo introduce en una burbuja adaptada a él para que se encuentre cómodo”. El problema de estos espacios es que están condenados a involucionar ya que solo pueden generar intolerancia hacia el que piensa distinto porque no ven más allá del horizonte autoritario que su ideología les permite.



Estos microgrupos de odio se sienten cognitivamente cómodos insultando y descalificando porque es el modo que encuentran para vehicular su rechazo a los proyectos populares ya que consideran que son la génesis de los males del siglo XXI.

Las redes aumentan la velocidad con que se expande el odio. Fuera de estos guetos hay heterogeneidad, dentro de ellos el algoritmo construyó un tapiz homogéneo que se retroalimenta endogámicamente. El problema de ello, tal como sostiene Pariser, es que el filtro burbuja imposibilita los términos democráticos de discusión de lo público porque difumina las demandas de las sociedades fragmentadas y más aún, para esta derecha neoradicalizada que no tiene la intención —al menos por ahora— de organizarse en una comunidad.

La violencia cuando irrumpe, por momentos nos remite a los totalitarismos del siglo pasado cuando las experiencias nefastas del fascismo y nazismo lograron encauzar y organizar las frustraciones ciudadanas que la política había excluido de su proyecto de comunidad. Pero la historia nunca es evolutiva, siempre es disruptiva y si hay algo que demostró Milan Kundera en su análisis del “mito del eterno retorno” (Kundera; 1986) es que cuando parece que la historia se está repitiendo cierto atisbo de fugacidad nos hace comprender que cada proceso social y cultural es propio de una época y de determinadas circunstancias.

Las narrativas del presente nos ubican más que nunca frente a una realidad que está mediada y mediatizada con un predominio de las fake news y de la posverdad. Ya poco importa lo real solo importa ser verosímil y hoy los discursos del odio son verosímiles para una parte de la ciudadanía que proyecta sus frustraciones en la movilización, la queja y el desacato. Es así como el odio convierte a la movilización en una patología en donde la lógica y el razonamiento se esfuman hasta llegar al punto de que lo único que los une es su desagrado frente a múltiples circunstancias políticas.

Como dice Juan José Saer (Saer, 2014) al definir el concepto de ficción son demasiadas las veces en que la verdad no es “necesariamente lo contrario a la ficción” y lo interesante de esta cuestión es que la ficción nos permite abrir infinitos mundos inverificables que mezclan lo empírico con sensaciones, percepciones, imaginaciones, proyecciones, ideales porque “la paradoja propia

de la ficción reside en que, si recurre a lo falso, lo hace para aumentar su credibilidad”.

Hoy estamos en un momento en donde las ficciones y las experiencias que sobreviven en estos climas de opinión anclados en la brutalidad discursiva se encuentran amplificadas por lo mediático construyendo sentidos, construyendo verdades, condicionando el accionar de la ciudadanía y ofreciéndonos escenas dantescas de violencia continua. ¿Cómo se rompe entonces esta lógica circular?

Michael Foucault, aquel filósofo que analizó entre otras cosas los discursos de verdad en términos de tecnología política alega que la principal característica de la racionalidad política radica en la “integración de los individuos a una comunidad o a una totalidad que resulta de una correlación permanente entre una individuación cada vez más extremada y la consolidación de la totalidad.” (Foucault; 2013).

En este sentido romper con la lógica de la irracionalidad implicará retornar nuestra atención hacia los cauces de la racionalidad política, el diálogo, el debate de ideas y las consideraciones hacia todas aquellas demandas que provengan de la comunidad. Construir comunidad implica poner el eje en los proyectos colectivos que implican lazos de solidaridad y entendimiento mutuo en términos democráticos.

Esta bruja Mab del siglo XXI por ahora no tiene ningún interés en producir comunidad para proyectarse políticamente hacia el futuro pero aún así, no hay que subestimar su capacidad de convocatoria y la voluntad que tienen los poderes fácticos de utilizarlos como vehículo político cada vez que quieren acceder al poder. Tampoco se puede negar que estos grupos expresan una realidad de frustración, desazón e incertidumbre a la que la política debe responder.

En esta situación, los activismos del campo nacional y popular, los funcionarios y funcionarias que son parte de la gestión pública y quienes velamos por la democracia y sus instituciones debemos responder a esta escalada de violencia política reasegurando las condiciones del acuerdo social que se comenzó a delinear durante los primeros meses de gestión del actual gobierno. Lo que hace particular a la Argentina es su capacidad de movilización y articulación política de las demandas sociales, y esto fue algo que se sostuvo durante todos estos

meses de pandemia, ya que son esas son las intermediaciones que producen comunidad y construcción de sentido desde lo colectivo, solo así se logra desarticular cualquier discurso de odio, con indiferencia en términos de violencia pero con acciones positivas que tiendan revalorización de la comunidad.

Esa historia no mediatizada de militantes y activistas cuidando los barrios populares, esa historia no contada de los médicos que están brindando su vida a la protección de la vida de otras, otros y otras; esa historia no difundida de solidaridad colectiva es la que debemos visibilizar sin tentarnos ni meternos en provocaciones deliberadas que hacen perder el eje del debate y los intereses políticos basados en los valores de la organización de la comunidad.

Como en el mito, la Reina Mab existió gracias a la atención de sus antagonistas, hoy esa atención la tiene desde el campo de lo mediático invisibilizando nuestra construcción de comunidad que se dio durante todos estos meses de pandemia en donde la política en articulación con el Estado se puso a la cabeza de esta crisis conteniendo las diversas complejidades sociales. Como en todo proceso social la indiferencia y la desarticulación a través de la construcción de comunidad debería ser nuestro diferencial a la hora de antagonizar con estos procesos discursivos de reproducción del odio.

En el país de las antinomias menos desigual de todo América Latina siempre hay que revalorizar esos pactos tácitos que la sociedad no está dispuesta a negociar: el pacto por la reivindicación de los derechos humanos, el pacto por el desarrollo de nuestra democracia y el pacto por la redistribución de la riqueza. Solo visibilizando y revalorizando estos pactos es que se logrará desarticular a esa bruja Mab que tiene un solo punto débil: la indiferencia de la comunidad.

Las fake news son las grandes responsables de la pérdida de la comunidad organizada ya que ellas conducen a la pérdida de la empatía, de aceptar lo que me diga un otro distinto a mí y que se traduce en la incapacidad de escuchar. Un gran fenómeno de esta época es lo que el filósofo coreano, Byung-Chul Han (2022) ha denominado el «culto del yo» y culpable de la crisis de la democracia. En todo acto comunicativo, cada participante esgrime sus argumentos y son los causantes de un debate cuando éstos no son aceptados por el resto de los presentes. En este debate se emplearán diversos argumentos que sirvan a los efectos de justificar o rechazar las pretensiones de valides. El problema está que

en el mundo de las redes sociales estos debates no se dan porque “las tribus digitales como colectivos identitarios” carecen de racionalidad comunicativa.

La consecuencia de esto es que se desintegra el acto político más importante que posee la democracia: la necesidad de «escuchar». En este sentido, Byung-Chul Han (2022) considera que:

La democracia es una comunidad de oyentes. La comunicación digital como comunicación sin comunidad destruye la política basada en escuchar. Entonces solo nos escuchamos a nosotros mismos. Eso sería el fin de la acción comunicativa (p. 55).

Es importante escuchar al «otro» para verificar si lo que estoy diciendo cumple con la pretensión de validez (Byung-Chul, 2022) y es discursivamente aceptable. ¿Cuándo nos damos cuenta que estamos cumpliendo con la pretensión de validez? Cuando el argumento que sostenemos tiene la capacidad de enfrentarse a los diferentes puntos de vista y resistir y encontrar la aprobación de todas las personas presentes en el auditorio.

El tema está en que producto de la comunicación digital y de las *fake news* que circulan en ellas, hemos perdido la escucha. Hoy ya no nos interesa escuchar porque no tenemos nada que debatir porque creemos que poseemos la verdad absoluta de las cosas. Como ya dijimos en los anteriores capítulos, las *fake news* no se difunden porque sean falsas o verdaderas, sino porque vienen a respaldar los prejuicios de las personas.

Entonces, voy a buscar información que alimente mi «culto del yo», porque quiero demostrarle al mundo que mis argumentos son «verdaderos», que «yo tenía razón». No importa si lo que comparta sea verdadero o falso, eso ya perdió sentido. Lo que importa es exhibir como un trofeo que mis prejuicios son correctos.

Y aquí yace la génesis del principal mal que pone en jaque a la comunidad. Ya que si nosotros creemos que tenemos esa verdad absoluta, ya no nos interesa escuchar a otro, lo que me diga cualquier persona no moverá mi aguja y me entrará por un oído y saldrá por el otro.

Por lo tanto, las *fake news* vienen a aniquilar al otro porque respaldan mis prejuicios del mundo y si no hay otro, no hay democracia porque, tal como

sostiene Byung-Chul Han, la democracia es una comunidad de oyentes. Si no hay oyentes, porque no me interesa discutir, no habrá democracia porque se pierde la dimensión del otro.

La crisis de la verdad que provocan las *fake news*, generan inexorablemente una crisis de la sociedad y una crisis de la democracia. ¿Por qué sucede esto? Porque la verdad discursiva como entendimiento y consenso garantiza la cohesión social. Estabiliza la sociedad al eliminar la contingencia y la ambivalencia pero cuando la verdad deja de estar, la sociedad se desintegra, tal como sostiene Byung-Chul Han.

Cuando hay mentiras, no hay manera que se produzcan los consensos básicos que la sociedad necesita para estar organizada porque no hay posibilidad establecer una cohesión social, porque ya se rompieron todos los acuerdos.

El ejemplo que pondremos a continuación sirve a la perfección para ilustrar esto que intentamos explicar. Todos recordamos con mucha tristeza —e indignación— la famosa fiesta que llevó adelante nuestro presidente de la Nación, Alberto Fernández en la Quinta de Olivos en plena pandemia con motivo de celebración del cumpleaños de su compañera, Fabiola Yáñez.

El evento fue el 14 de julio del 2020, una fecha que no pareciera importante salvo porque en ese momento la Argentina se encontraba en una fase muy dura del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO). Mucha gente, de varios sectores políticos y con mucha razón salieron a manifestarse en contra automáticamente cuando las fotos y videos de ese encuentro comenzaron a llenar las redes sociales y las tapas de los diarios.

Los argumentos de la ciudadanía era el siguiente: “no pude despedir a mi familiar que falleció por el COVID-19 y el presidente se encontraba realizando una fiesta en la Quinta de Olivos”. La realidad es que no había ni habrá ningún argumento que pueda contradecirlo, no existía manera de justificar lo que sucedió ese 14 de julio. Si bien, el presidente salió rápidamente a pedir disculpas públicas y se hizo cargo de la sanción económica, la realidad es que quedó un antecedente basado en la mentira.

Como consecuencia de ello, tanto la primera dama como el Presidente fueron imputados por la justicia federal por "haber violado las medidas adoptadas por las autoridades nacionales para impedir la propagación de la pandemia de COVID-19".

Sin embargo y por más de que el presidente se hizo cargo de lo que sucedió reconociendo su responsabilidad, quedó un precedente instalado. Tal es así, que siempre que Alberto Fernández sale a pedirle compromiso a la ciudadanía, la ciudadanía la responde con esta famosa foto de público conocimiento. “¿Con qué cara le vas a pedir algo a la gente cuando vos le pediste algo a la ciudadanía y fuiste el primero en romper ese contrato?”, son algunos de los *tuits*.

Ya no se puede. Porque rompiste lo más valioso que tiene la democracia como es la verdad. A partir de ese hecho, se rompen todos los acuerdos futuros que la sociedad necesita para estar organizada, porque la cohesión social se desvanece como consecuencia de las mentiras.

Con esto no estamos diciendo que la imposibilidad de construir poder político ni la épica para enamorar a la militancia haya sido resultado de esta celebración en plena pandemia. Muy lejos estamos de esbozar un planteo simplista de esta índole. Lo que intentamos dejar en claro en estas líneas como un acontecimiento, que se suma a otros y que involucran a todo el arco político —oficialismo y oposición— son los responsables de la actual «crisis de la verdad» que impide que la sociedad pueda confiar en un funcionario.

La democracia no puede funcionar nunca de la mano de la mentira. Quien también se refirió a la necesidad de la verdad fue Foucault (2009) cuando se refirió a los principios de «isegoría» y «parresía». La «isegoría» es el derecho que tiene toda persona de expresarle libremente. Mientras que la «parresía» obliga a aquellas personas que se desenvuelvan en el espacio de la política a decir siempre lo que es verdad, “a preocuparse por la comunidad, utilizando el discurso racional, el discurso de la verdad” (Byung-Chul Han, p. 87).

Tanto Foucault como Byung-Chul Han entienden que la verdad es la generadora de comunidad y al mismo tiempo de democracia. Solo hay democracia cuando hay verdad y no hay acto político más valiente que ejercerla. Aquí Foucault (2009) agrega:

En primer lugar, creo que hay que tener presente que esa parresía [...] está ante todo profundamente ligada a la democracia. Y podemos decir que hay una especie de circularidad entre democracia y parresía [...]. Para que haya democracia, es preciso que haya parresía. Pero a la inversa, [...]

la parresía es uno de los rasgos característicos de la democracia. Es una de sus dimensiones internas (p. 167).

No alcanza con la «isegoría»—derecho de expresarse libremente— para que exista una democracia, solo la libertad de decir la verdad tiene la fuerza de la naturaleza como para crear una verdadera democracia. En este sentido, Byung-Chul agrega que

Hoy la parresía degenera en una libertad concedida a todo el mundo para decir cualquier cosa; de hecho, cualquier cosa que a uno le guste o que le beneficie. Se hacen sin el menor escrúpulo afirmaciones que ni siquiera guardan relación con los hechos (p. 88)

Hoy nuestra democracia se encuentra en peligro porque cada uno dice o afirma lo que quiere sin interesarle si lo que dice resiste a la pretensión de validez, poniendo en peligro la misma unidad de la comunidad porque se rompen todos los acuerdos y las cohesiones necesarias para vivir en sociedad.

Tal es la dimensión del impacto de las *fake news* en la democracia que autores como Matías Ponce y Omar Rincón (2020) crean el concepto de *Fakecracia* para explicar cómo impacta la mentira en las frágiles democracias de América Latina. “La fakecracia puede ser definida como una democracia en la que la construcción de noticias falsas y la automatización maliciosa en redes sociales se han convertido en los principales recursos de comunicación política para sellar la era de la posverdad” (p. 15).

Según estos autores, es tal la magnitud y potencia del fenómeno que pretendemos describir en estas páginas que muchos gobiernos democráticos de América Latina han sido derrocados como consecuencia de ellas.

En esta misma línea, Bakir y McStay (2018) sostienen en que la propagación de este tipo de noticias son un grave problema para la democracia porque son quienes permiten las condiciones para que existen ciudadanos desinformados, más propensos a ser víctimas de mensajes que buscan la indignación o el acoso. La democracia se encuentra en peligro. Quizá de diferente manera a nuestro recuerdo más cercano de cuando las dictaduras cívicas-militares a base de la violencia y de la fuerza se introducían al interior de las principales instituciones

del Estado para destruirlas. Hoy estamos en presencia de los nuevos golpes de Estado del Siglo XXI, y no se podrían concretar sin la potencia de la mentira.